



**Catequesis de Cuaresma de S.E.R. Cardenal Jaime Ortega Alamino,
Arzobispo de La Habana.**

**S.M.I. Catedral de La Habana
1 de abril de 2011.**

**Cuarta Catequesis
“María y la Redención”.**

Hemos visto cómo María acompaña a Jesús en todos los grandes misterios de su vida. La Virgen María entra en escena desde el momento en que el Ángel le anuncia que será la madre del Salvador. De la maternidad virginal de María se derivan todas las expresiones de veneración y amor que los cristianos le tributan. La maternidad divina constituye la gracia fundamental de María que está presente en cada una de sus acciones en la historia de la salvación. Veamos cuál es el alcance del papel de María en la historia de la salvación, en la redención del hombre por Jesucristo.



Así nos preguntamos: ¿qué parte tuvo María en la obra salvadora de Jesucristo? Su participación ¿fue constitutiva o integrante? Es decir, ¿simplemente acompaña a Jesús (integrante) o tuvo un papel activo como de alguien que contribuye (constitutiva) a la Redención? En este último caso si María aporta positivamente a la Redención algunos teólogos la han llamado corredentora.

Pero esto no ha sido definido nunca por la Iglesia, pues partimos del principio de que Cristo es el único redentor.

La segunda pregunta: ¿qué parte tiene María en la aplicación de la gracia a los hombres? Es decir, las gracias que Dios da al hombre ¿“pasan” por María? o sea, cuando oramos pidiéndole a la Virgen ¿sucede que Dios escucha las súplicas de la Virgen y da a Ella las gracias divinas que a su vez la Virgen nos entrega a nosotros? María entonces sería una mediadora. Pero Jesús es el único mediador entre Dios y los hombres y no existe una definición de la Iglesia sobre esto que varios teólogos en el pasado siglo comenzaron a tratar de explicar y pedir a la Iglesia. El Papa Pío XII no se mostró dispuesto a definir la misión corredentora o “mediadora” de María y el Concilio Vaticano II respondió sólo con reservas a estas cuestiones.

Hay que distinguir muy bien cuando decimos que María es la principal intercesora ante Dios. En la invocación a Dios quien ora se dirige a un hombre o mujer que están muy unidos a Dios por el amor. Se dirige a un santo o a una santa y se une a esos bienaventurados con amor. El que invoca la intercesión de la Virgen María invoca a quien más profundamente ama a Dios. Pero por otra parte María conserva su papel de Madre nuestra que Jesús le confió desde lo alto de la Cruz. Ella nos ama y nos abraza con su amor de Madre y ella desata en nosotros, los que pedimos su intercesión, la capacidad de amar y esto nos hace también capaces de ponernos

en manos de Dios, de aceptar su voluntad, siguiendo el propio estilo de Ella: “*Hágase en mí según tu palabra*”. Pedir la intercesión de María es pedirle que sea solidaria con nosotros. Cuando la Virgen es invocada no tiene como fin querer mover a Dios por obra de María ya que Ella ante Dios tendría “más fuerza” que nosotros. Semejante imaginación pondría a Dios a disposición del hombre y la oración no es para doblegar a Dios, sino para disponernos a abrirnos a sus dones.

María y la Redención por la Cruz.

En el diccionario la palabra redimir es explicada de este modo: rescatar, liberar. Ahora bien, si decimos que Jesucristo es nuestro Redentor, queremos decir que Él nos rescata, nos libera. Pero, ¿de qué o de quiénes viene Cristo a rescatarnos, a liberarnos?

Jesús viene a rescatarnos del mal moral, se trata de una acción del Señor que tiene que ver con nuestra condición humana de seres pensantes, capaces de amar, que se ven atrapados espiritualmente, prisioneros de sí mismos, de sus deseos desenfrenados de bienes, de sus ansias de poder, de su apego a un amor malsano o inaceptable. En una palabra, Jesús es nuestro redentor, es decir que es nuestro liberador, el que nos rescata del mal y del pecado.

El sentido del pecado se pierde cuando no vemos la relación que existe entre mi vida y lo que Dios quiere de mí. Es entonces difícil de comprender que yo necesito de un redentor que me libere, que me rescate de mi pecado, pues no sé lo que es pecado y llega incluso a parecerme excesivo que Dios se haya hecho hombre en Jesucristo para venir a liberarnos del pecado y que para hacerlo entregó por nosotros su vida en la Cruz.

Pero así nos lo dice el evangelista San Juan: “*Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo*”. Y cuando Jesús se aprestaba a despedirse de sus discípulos para consumir su entrega, nos dice también el evangelista: “*Habiendo amado a los suyos, los amó hasta el extremo*”. Y lo probó unas horas más tarde con su muerte de Cruz.

Allí se entregó el inocente (que no tenía pecado), por los culpables, por nosotros, pecadores.

Por eso tiene un hondo valor de verdad la Cruz de Cristo. Mirar al crucificado ha llenado la vida de muchos santos y santas: San Francisco de Asís, Santo Tomás de Aquino, veían en Cristo Crucificado la verdad del amor de Dios, la verdad del pecado del hombre.

Pero nadie como María ha estado tan unida al Misterio de la Cruz. No sólo el Evangelio nos la presenta físicamente cerca, sino implicada en la ofrenda de su Hijo. Nadie como ella amó a Jesús. Jesucristo fue amado por María con el amor más grande y profundo que se da en la tierra, con amor de madre. Dios envió a su Hijo nacido de mujer. Es en las entrañas purísimas de la Virgen Madre donde tomó nuestra condición humana el Hijo Eterno de Dios.



En el momento de su Pasión y de su Cruz nadie estuvo tan cercano espiritualmente a Jesús como María, pues en la tierra no hay una relación mayor que la de madre-hijo. En la Cruz Jesús se entrega al Padre, pero antes nos entrega por Madre a los cristianos a la Virgen María, su propia madre. Jesús nos entregó lo que más quería, nos entregó a quien más lo quería: “*Mujer, ahí tienes a tu hijo, hijo, ahí tienes a tu madre*” dijo Jesús desde lo alto de la Cruz, viendo a María, su Madre y junto a ella al apóstol San Juan, el único que había llegado hasta allí y que acompañaba a María. Y añade el Evangelio: y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa. Desde aquel momento todo discípulo de Jesús, todo el que cree de veras en Cristo, recibe a María en su casa, en su corazón.

La Iglesia tiene desde entonces una Madre en la Virgen María; pero también tiene un redentor en Cristo.

Sólo Cristo Jesús puede ser nuestro redentor, sólo Él nos rescata, sólo Él nos alcanza con su ofrenda en la Cruz, el perdón de Dios Padre.

Entonces, ¿cuál es el papel de María, la madre de Jesús que es, por las palabras del Redentor en la Cruz, nuestra madre?

María nos acerca a Jesús, nos acerca a su Cruz, no sólo para sentirnos acompañados en nuestros propios sufrimientos por el Hijo de Dios que sufre como nosotros. Al pie de la Cruz la única criatura que ama limpiamente a Dios y no tiene nada de qué arrepentirse es la Virgen María; ella no tiene pecado; pero al acercarnos nosotros a la Cruz del Redentor, junto al amor a Cristo, en nuestros corazones está la petición de perdón, porque cada uno de nosotros tiene algo que ver con la Cruz de Cristo, ya que Él se entrega por los pecadores y nosotros somos todos pecadores. María, nuestra madre nos enseña a tener confianza en Jesús, a abrirle nuestro corazón a Él para que nos transforme, para que nuestra vida cambie. Sólo el que reconoce su pecado y se arrepiente queda liberado por Cristo, y la liberación interior es fuente de alegría, de felicidad.

María, que nos ama como madre y cuida de nosotros pondrá en nuestros corazones sentimientos de arrepentimiento y de dolor, porque hemos pecado. Ella no es la que puede reconciliarnos con Dios, pero nos lleva hasta la fuente de la misericordia. Por eso la llamamos en el rezo de la Salve Reina y Madre de misericordia.

Ese es el papel de la Virgen María en la Redención. Acudamos a ella con un corazón humilde y confiado, para disponernos siempre a recibir el perdón de su Hijo Jesucristo.

-Servicio de noticias-

Arzobispado de San Cristóbal de La Habana. 2010-2012©

Puede reproducir parcial o totalmente esta información, siempre que cite la fuente original